

Letras
Orureñas

Gustavo Zubieta Castillo



Gustavo Zubieta Castillo (1926). Médico. Director del Instituto de Patología de la Altura (Clínica IPPA), La Paz - Bolivia. Miembro de Número de la Academia de Ciencias de Bolivia. Miembro de Número de la Academia Boliviana de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española. Narrador y ensayista, tiene publicados textos científicos en idioma inglés y un precioso libro titulado "Relatos, Sueños y Realidades" de la temática variada, testimonio probablemente de su vasta experiencia como hombre protagonista y testigo de situaciones también diversas dentro de la sociedad en la que se desempeña; en una breve referencia a propósito de este libro, Rodolfo Salamanca Lafuente manifiesta textualmente, "...debo admitir que el médico Gustavo Zubieta Castillo con sus letras y en ellas goza de buena salud. El texto de cada trabajo es una contribución atractiva para lindear el bien y el mal, la realidad y la ficción".

EL DECLAMADOR MURIÓ DOS VECES

Los aplausos se dejaron estruendos escuchar: ¡OTRO! ... ¡OTRO!

De sus labios salían estrofas sanoras, endeciosas del poeta Pales Matas:

Calabo y bambú

Bambú y calabo

El Gran Cocoroco dice: Tu-cu-tú

La gran cocoroca dice: To-co-to

Es el sol de hierro que arde en Tombuctú

Es la danza negra de Fernando Poe....

Su voz era enérgica y con el tono de un cantor de ópera. Seguía otro verso:

¡Yo soy Garrik! Cambiad la receta,

Cuantos hay en este mundo

Muertos de pesar, llenos de tedio...

¿De dónde ha salido este humano ejemplar?. De contextura delgada, huesudo, como Don Quijote de la Mancha. El traje fue de la moda del momento: Los pantalones angostos terminando por encima de los tobillos. Nariz aguileña impresionante, con el mentón recogido al cuello en el que aparece la prominente Nuez de Adán deslizándose en cada entonación. Parecía un avestruz a punto de dar un salto.

Hoy es día de fiesta, se ilumina el salón; de García Lorca, anuncia:

"Empieza el llanto

de la guitarra

se rompen las copas

de la madrugada".

La fiesta ha terminado, hay que buscar otra para continuar. Las bebidas pasan de la manos de un invitado a otro. ¿Se puede ser bohemio sin ser un buen bebedor? Hay que seguir deslizándose por la garganta fría y seca el fruto de la cebada o de la vid fermentada. ¿Un pretexto? Oh NO, Hay que aliviar la garganta. Son versos tan hermosos: Traducen el amor que embriaga los sentidos; pasión que enloquece; desengaño que mutila el corazón; tragedia que enluta el alma. El poeta compone, el declamador traduce y el auditorio sintetiza de acuerdo a sus emociones.

La luz del día termina. Se la puede ver otra vez temprano, cuando los primeros rayos aparecen y se filtran por los cristales sudorosos empujando al humo del tabaco. Ha transcurrido otra noche; las musas han desfilado por la imaginación. La vida ha transcurrido lenta, pesada como una carga. ¿Cuándo vendrá otra noche?

Una mañana despierta de un sueño sin ensueños. ¿Qué pasa? El hecho es duro. El colchón es de mármol frío. En el aposento hay cirios ardiendo, con una llama que chisporrotea cansada y lagrimeando. - ¿Por qué tratan de alumbrar si hay luz que penetra por la ventana?. ¿Dónde estoy?. ¿Y... qué haces tú ahí a mi lado, pálida, desnuda e impúdica cubierta sólo por una sábana blanca?

De su garganta sonora sale un alarido. ¿Por qué me han traído aquí? ¿estoy en el campo santo!... Es una pesadilla.

Huye desfavorido, desnudo y solo cubierto a medias por una sábana que tiene una cruz negra desdibujada. Sus pies desnudos tropiezan con los cirios y sale a la calle con otro alarido: AAH... Ah...

- ¡Un loco se ha escapado del Sanatorio! Avisen al portero!

¡NUNCA MÁS, NI UN SOLO TRAGO!... -Las cuerdas de su garganta se han paralizado. Nadie le escuchará declamar por mucho tiempo.

Hay un espectro que se oculta en las sombras, que solo se desliza silencioso por las callejuelas, cuando no es noche de luna. El tiempo repite otro día trágico.

- ¿Estará realmente muerto para llevarlo al silencio eterno?.

¿No será otra catalepsia? -

UNA COLUMNA DE HUMO

Había terminado mi breve estadía en la ciudad altiplánica que se llama del Pagador y resolví retornar a La Paz, en el tren que salía a las 8 de la mañana de un día de Junio.

Pasé la reja y después el corredor con su arco de piedra de la estación de Oruro, que tiene las mismas características de las estaciones del ferrocarril que se extienden en toda la vía que va hasta Antofagasta; Las estaciones construidas con piedra granito.

Eran las ocho menos cuarto de una mañana fría, en el reloj que estaba colocado al lado de la oficina del jefe de la estación. No muy lejos, una campana de bronce oxidada, de pequeñas dimensiones, esperaba silenciosa el momento de dar la señal de partida del tren que se dirigía a La Paz.

Mis pasos se dirigieron al coche en el que me tocaba viajar, en el interior habían ya varios pasajeros. Me ubiqué cómodamente en un asiento con las espaldas en dirección en la que iba el ferrocarril y me puse, después de acomodar mis maletas en un lugar adecuado y dispuesto para ello, a mirar distraídamente por la ventana. Veía que seguían llegando más personas con una ocupación de ir y venir sin que llamaran mi atención. Una mujer provista de una canasta cuyo contenido trataba de vender gritaba a voz en cuello; ¡Llauchas! ¡calientitas!... mientras la hora avanzaba, y el minutero del reloj se aproximaba a los ocho menos cuatro minutos. En ese preciso momento, vi ingresar un hombre de unos cuarenta años, de contextura delgada, pulcramente vestido, venía apresuradamente. Llevaba un pequeño maletín, un abrigo marrón colgado al hombro y debajo del brazo derecho, sostenía un pequeño paquete envuelto en una página de algún periódico local.

Al mismo tiempo y como si tratara de llegar primero, que el que tenía adelante, ingresó una mujer con paso jadeante y apresurado, desplazando su vestido a un lado y al otro; temerosa se notaba en el rostro, de perder el tren. En efecto, había avanzado ya los minutos, y cuando el hombre se disponía a poner el pie en la grada del tren, ella intempestivamente quiso subir al mismo tiempo y provocó la caída del maletín y del paquete que llevaba el sujeto. Vi que éste desesperado recogió el maletín. El paquete se le había roto, y él con gran agitación buscaba algo de su contenido. Me imaginé, que se trataba de algo valioso que había perdido, porque lo hacía, a gatas en los preciosos momentos en que salía el Jefe de estación; consultaba su reloj pulsera con el reloj de la estación y jalaba el badajo de la campana dejando oír tres prolongados sonidos metálicos característicos, anunciando la salida del tren.

El hombre, al parecer, no obtuvo lo que quería y subió mostrando en su rostro angustia y el mal humor que le había ocasionado este percance. Penetró en el coche mientras yo lo observaba sin disimular mi curiosidad. Venía serio y preocupado, tomó asiento frente a mí, disgustado. Apenas me hizo una venia forzada, colgó su abrigo al borde de la ventanilla donde quedaba el asiento y se sentó, bajo la cabeza, y yo noté en su rostro una gran preocupación.

El tren partió, había un cierto alboroto en el resto de los pasajeros, que contrastaba con la actitud del hombre que había de ser compañero de viaje.

Pasó el tiempo, y el tren tomaba su marcha con más velocidad. Llegó a la estación desierta, que tiene el nombre de Paria; pasó luego a la estación soledad, Silencio y llegó a la estación de PanDura. Nombres de las estaciones que parecían estar de acuerdo con el estado de ánimo que reinaba en ese momento frente a mí, en mi vecino.

En algún momento me atreví a dirigirle la palabra y con esfuerzo, pronuncié un: - Disculpe usted, lo noto preocupado. - Sí - me dijo - ¿Parece que usted ha perdido algo? - Insisti - Sí, he hecho caer las cenizas que pertenecían a los restos de mi madre que las estaba llevando para conservarlos en la ciudad de La Paz, en un lugar adecuado - Ah, lo siento mucho - contesté - . En ese momento se puso algo más comunicativo y me dijo: - Fui al cementerio, y solicité la incineración de sus restos; y cuando se terminaba la combustión de los mismos, se elevó una columna de humo blanco. En realidad, pude recoger algunas cenizas, que realmente no parecían corresponder a la cantidad adecuada de toda la osamenta que había podido recobrar. Esta es la razón de mi preocupación.

El tren siguió su marcha. Los dos callamos y nos pusimos a pensar.

Lo que había visto y conversado naturalmente me llevó a la meditación, de cuán efímera es la existencia, y cómo un ser vivo tan adorado para una persona, que había cultivado un amor a través del tiempo, había desaparecido en breves momentos, para convertirse en unas partículas que se elevaban al cielo.

Me puse a pensar, en el significado de la expresión: En polvo te convertirás. ¿Pero qué clase de polvo? en el cadáver después de que los gérmenes del organismo y las enzimas han acabado con todo lo que es materia orgánica blanda y se han evaporado el 75% de agua no quedan más que los huesos, éstos formados por íntimas cantidades de sales calcio, y carbón. Carbón y carbón que al ser incinerado se convierte en humo, que luego se aleja de nuestra vista y acaba por desaparecer.

Este hecho material de la combustión, con sólo el recuerdo ha provocado inesperadamente en mí acompañante un pesar inmenso, que no tiene descripción. Así es el amor, cuanto más grande, al final sólo deja un dolor proporcional.